

Instituto de San Isidro de Madrid, es cierto independiente, mas para ser moral falta en ella la ley divina, falta el libre albedrío, faltan las sanciones futuras, el cielo y el infierno, y aún la misma inmortalidad que pregona, es sólo un nombre. Bien es cierto, que en cambio despoja al hombre de la luz divina con que conoce su inclinación al mal, heredada de Adán, y los medios sobrenaturales que le han sido otorgados graciosamente por Dios misericordioso, y la herencia de Jesucristo que está reservada al justo del lado allá del sepulcro.



## CAPITULO XII.

### SOBRE LOS DEBERES DEL HOMBRE.

*Pregunta.* ¿Tenemos deberes con la naturaleza ó mundo exterior?

*Respuesta.* «La ciencia moderna... la estima hoy (á la naturaleza) en su justo valor y rechaza la *mística preocupación* que hizo de la materia el *engendro* de Satán y de la carne el más fiero enemigo del alma. Desechados hoy tamaños errores, el hombre *ha de reconocer en la Naturaleza un sér tan digno y esencial como el espíritu*. Sin considerarla como divinidad, tampoco ha de condenarla como demonio, ni tratarla como esclava; antes bien ha de ver en ella, si no piadosa madre, al menos hermana cariñosa...»<sup>1</sup>

La palabra *naturaleza* equivale en este lugar

<sup>1</sup> Elementos de Ética, por U. G. SERRANO y M. DE LA REVILLA, *catedráticos*, parte III, cap. I.

á la palabra *materia*, pues el autor contrapone á la estima en que tiene la ciencia moderna á la materia, el desprecio con que supone que la mira el *preocupado misticismo*, es decir, el catolicismo. La ciencia moderna, en efecto, reduce á simple materia todo el mundo visible, y la estima tanto, que no se avergüenza de reputarla por sagrada, y venerarla. Conocidas son las famosas palabras que le dedica Moleschott, uno de sus principales adoradores: «Esta es, dice hablando de la *materia*, una palabra sagrada. Cuando uno la oye, luego siente nacer en el pecho un afecto de profunda veneración.» Otro órgano de la ciencia á que se refieren los profesores de Madrid, el no menos famoso Büchner, autor de *Kraft und Stoff*, se dejó decir, que «el despreciar la materia, el vilipendiar el propio cuerpo, porque hace parte de la materia... el mortificar y torturar al cuerpo, son aberraciones á que sólo puede llegarse por el camino de la ignorancia y del fanatismo.» No desconocemos pues la estima que se hace de la naturaleza ó de la materia, que todo es uno en la «ciencia moderna;» ¿pero conocen del mismo modo los catedráticos de Madrid lo que acerca de la materia enseña la ciencia

crisiana? ¡Ah! lo ignoran de todo punto. Porque ¿quién les ha dicho que á los ojos de la *mística*, que no conocen sino de nombre, es la materia *engendro de Satanás*, y no obra de Dios, criador único y universal de todas las cosas visibles é invisibles? Ignoran además los textos vivos, que nadie elevó á la materia á mayor nobleza que el cristianismo, ni la injurió nadie y vilipendió tanto como la ciencia moderna. A los ojos de la fé y de la ciencia verdadera, la materia hace parte de todas las cosas bellas y excelentes del mundo visible, singularmente del cuerpo humano, objeto é instrumento de muchas obras de orden moral, con que muestra el hombre la dignidad de su sér y la alteza de su destino; y cuando el cuerpo pertenece á un cristiano, la dignidad que participa, le ha merecido el título de templo del Espíritu Santo: *¿An nescitis quoniam membra vestra, templum sunt Spiritus Sancti?*<sup>1</sup> Aun despues de haber sido desamparado del espíritu inmortal que lo informa, ese mismo cuerpo que los racionalistas miran con indiferencia y hasta con horror, esforzándose

<sup>1</sup> I. Cor. VI, 19.

á aniquilarlo cuanto antes, es honrado de la Iglesia, y depositado piadosamente en lugar santo, donde aguarda la resurrección final para trocar su hedionda corrupción en incorruptible hermosura: *surget corpus spiritale* x. ¡Qué diferencia entre estas sublimes doctrinas, que así elevan y engrandecen á la materia, haciéndola partícipe del sér y de la dignidad del alma racional y cristiana, y la ciencia positivista y atea, que no sabe magnificar á la materia sino privándola del espíritu que la vivifica, y convirtiéndola en instrumento de codicias carnales, en gusanos y corrupción! ¡Cosa extraña! después de divorciarla del espíritu humano que la anima, y del Espíritu divino que mora en las almas justas, la ciencia moderna pretende erigir á la materia un trono, y obligar á los hombres á que se postren ante su acatamiento, reputándose obligados para con ella, cual si fuera objeto digno de *reverencia* y amor. No debe sin embargo causar maravilla la extraña glorificación de la naturaleza exterior, ó de la materia en labios del racionalismo panteístico, que priva en las es-

x I. Cor. XV, 44.

cuelas oficiales; porque á sus ojos la naturaleza es como la forma exterior de lo absoluto, la manifestación de Dios fuera del espíritu, al modo que el espíritu es también para ellos una determinación de la esencia divina: así pues, *el hombre ha de reconocer en la Naturaleza un sér tan digno y esencial como el espíritu*. Esta es en resolución la clave que los profesores de Madrid presentan á la juventud para que penetre en el santuario de la moral independiente, y contemple y adore el ídolo de carne que allí se adora, al cual no debe tocar mortificando su propio cuerpo, si no quiere profanar al Dios-Materia que en él vive al lado, pero con independencia de la diosa razón. Y aquí ponemos término á este breve comentario, que puede servir de preparación para entender las respuestas que siguen, las cuales no vienen á ser en puridad sino corolarios de la doctrina panteística establecida en la que acabamos de comentar.

P. ¿Cuáles son deberes del hombre *relativos á la vida de unión de espíritu y cuerpo?*

R. «La vida de unión de espíritu y cuerpo nos obliga, si ha de ser racionalmente cumplida, á conservar entre ambos séres una per-

fecta ó nunca interrumpida armonía. *Iguales en dignidad y valor, ninguno de ellos debe superarse al otro; y tanto falta á su deber en este respecto el que sacrifica las exigencias de la vida espiritual á los apetitos brutales del cuerpo, como el que movido por un falso misticismo, atormenta á éste con absurdas mortificaciones; el libertino y el asceta son, en tal sentido, igualmente condenables* 1.»

Si el espíritu y el cuerpo *fuesen efectivamente iguales en dignidad y valor*, no habría razón para someter los instintos de la carne, ó sea el hombre animal, al orden superior de los bienes que anhela el hombre espiritual; pero ya en otra ocasión, exponiendo y refutando al profesor de Sevilla, Sr. Sales y Ferré, hemos probado que semejante igualdad es una quimera, contra la cual protestan la fé, la filosofía, y hasta el sentido común. «Un cuerpo sin espíritu,» dice el Apostol Santiago reuniendo en una sola sentencia la luz de esos tres criterios, «está muerto, *corpum sine spiri-*

1 Elementos de Ética ó Filosofía moral, por U. GONZÁLEZ SERRANO y M. DE LA REVILLA, catedráticos respectivamente del Instituto de San Isidro y de la Universidad de Madrid, parte III, cap. I.

*tu mortuum est* 1.» ¿Pues qué igualdad de valor y de dignidad puede haber entre la vida y la muerte? Porque si el cuerpo es cuerpo humano, ¿á quién se lo debe sino al soplo de vida que infundió en él la bondad del Señor? Podiéramos recordar aquí el orden jerárquico de los seres, coronado en su más elevada cima por las perfecciones y bellezas de los espíritus inmortales 2; pero vengamos á nuestro principal intento, que es vindicar la mortificación cristiana, y la ascética que la regula y dirige (la ascética decimos, y no la mística, que son cosas muy distintas), contra las blasfemias de los textos vivos.

Dos fines principales entiende la mortificación cristiana: uno de ellos expiar voluntariamente el mal del pecado; y el otro prevenir al hombre contra nuevas caídas, conservando su salud moral, y acrecentándola con nuevos aumentos de gracia y de virtud. Cuanto á lo primero, sabido es que el dolor de la pena, reacción saludable del orden violado por el

1 II, 26.

2 O anima, exclamaba San Bernardo, insignita Dei imagine decorata ejus similitudine, redempta Christi sanguine, desponsata, fide, dotata spiritu, deputata cum angelis, capax beatitudines! *quid tibi cum carne?*

crímen, es el medio ordenado por la justicia para restaurarlo. De esta restauración dan testimonio en la vida social las cárceles, las multas, las cadenas y hasta la muerte, con que la autoridad venga las injurias que recibe, y repara para la santidad de sus leyes. Fíjense ahora los ojos en el órden universal de las cosas, establecido por Dios en la ley que ha puesto á los hombres para que lo guarden, y en la autoridad del divino legislador; y dígase si siendo este órden más ámplio y excelente que el puramente civil, y las leyes de Dios muy superiores á las de los hombres, y la majestad del Altísimo muy sobre toda majestad y alteza criadas, no será razón castigar con penas infinitamente mayores las ofensas cometidas contra la majestad del cielo. Ahora, si es ley natural de justicia, escrita en nuestra propia conciencia, y puesta de manifiesto en los efectos mismos visibles de las obras malas, que la pena siga al pecado, no habiendo en el mundo espectáculo más horrible que la felicidad del impío, ¿por qué razón cuando el pecador, abiertos los ojos merced á la divina gracia, ve y considera sus malas obras, no ha de poder mostrar con actos de expiación, ó

sea con mortificaciones voluntarias, su arrepentimiento y su deseo de volverse á Dios? ¿Quién ignora la virtud purificadora del dolor libremente aceptado, y libremente buscado del alma penitente? Acaso durante largos años un cuerpo corrompido ha tenido esclavizada y como muerta á un alma racional, imagen de Dios: hále dado la muerte con tósigos de torpes deleites que entran blandamente como serpientes para morder al fin con mordedura mortal: ¿pues no será justo el día de la conversión restablecer el órden y áun purificar el mismo cuerpo profanado? <sup>1</sup> — Hay otra razón principalísima que mueve al alma cristiana á mortificar el propio cuerpo; y es la necesidad de mantenerlo sujeto á la ley del espíritu: *Castigo corpus meum*, decía el Apostol, *et in servitutum redigo* <sup>2</sup>. Nieguen esta necesidad los que no sientan dentro de sí la lucha interior de la carne que codicia contra el espíritu, los racionalistas é incrédulos, que antes han negado el pecado original y la corrupción de la natura-

<sup>1</sup> *Qui autem fornicatur, in corpus suum peccat* (I Corint., VI, 19).—Quiere decir el Apostol, que quien así peca, afrenta y profana su propio cuerpo; profanación tanto más grave por ser el cuerpo, añade en el mismo lugar, *templo del Espíritu Santo*.

<sup>2</sup> I Cor. IX, 27.

leza humana; niéguenla los que divinizando la materia, santifican todo linaje de disoluciones y torpezas; mas el filósofo cristiano no puede negarla, porque á la experiencia de la lucha interna y pavorosa entre la conciencia y las pasiones, se junta en su ánimo la luz de la fé, que ilumina el misterio de nuestra condición presente, y muestra la necesidad que tiene el hombre de la gracia para sobreponerse á su propia miseria, tan admirablemente descrita por el Apostol <sup>1</sup>. Esta es la luz que resplandece en las mismas palabras del Salvador: «En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, después de echado en la tierra no muere, queda infecundo: pero si *muere*, produce mucho fruto. Así el que ama *desordenadamente* su alma, la perderá; mas el que aborrece ó *mortifica* su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna <sup>2</sup>.» Esta es la luz que siguieron y seguirán siempre los discípulos de la cruz, señal de Cristo crucificado, en cuyo

<sup>1</sup> Non enim quod volo bonum, hoc facio: sed quod nolo malum, hoc ago... video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus? Rom. VII.

<sup>2</sup> Joan. XII, 24, 25.

corazón resuenan siempre aquellas sublimes palabras: *Si quis vult post me venire, tollat crucem suam et sequatur me* <sup>1</sup>. En suma, la crucifixión de la carne con todos sus vicios y concupiscencia, es el medio de conservar el órden de subordinación y dependencia del cuerpo respecto del alma racional; ese es el preservativo saludable contra la concupiscencia, y la condición y el seguro precioso de la virtud y perfección moral.

Esta austera doctrina no es pues hija de falso misticismo, como dicen los profesores de Madrid, sino de acendrado cristianismo. El misticismo, ó para hablar con propiedad, la verdadera *Ascética*, no ha inventado la necesidad de la mortificación, sino considerando atentamente á la luz de las verdades divinas el estado de nuestra naturaleza viciada, viene consagrandó su estudio á proponer los medios que conducen á la virtud y perfección, entre los cuales es principalísimo la mortificación cristiana. La falsa sabiduría del siglo, animal y terrena, le imputa el propósito, ó al menos la tendencia, de destruir el cuerpo, ejecutan-

<sup>1</sup> Mat. XVI, 24; Luc. IX, 23.

do en él cierta manera de suicidio; pero semejante acusación es hija de la ignorancia, engendrada á su vez del odio y la mala fé. Lejos de aconsejar la Ascética la muerte real del cuerpo, defiéndele contra los excesos que pudiera cometer contra él un fervor indiscreto, y regula y modera la mortificación de manera que sólo mueran los apetitos desordenados y pasiones malas, sin detrimento de la salud ni peligro de la vida. «El ejercicio de la mortificación corporal, dice un sabio escritor contemporáneo, está dirigido por esta ley: *que no perjudique á la salud, ni ponga ninguna manera de obstáculo al cumplimiento del deber, según el respectivo estado.* Esta ley es sagrada para la Ascética, como ley natural que es; y el cumplimiento de los deberes de cada cual constituye á sus ojos la primera y suprema práctica de la piedad cristiana, el primer sacramento, al cual deben ceder todas las demás obras. Por esta razón, al paso que no reconoce límites á la mortificación interior, ó sea á la del corazón, que es como la vida, la forma substancial, el alma de tan grande virtud, limita cuanto puede la mortificación del cuerpo, que consiste en obras aflictivas, dolorosas, que

maceran la carne... Lejos pues de atentar contra el cuerpo, la Ascética cristiana, ordenada para actuar en el hombre con grandísima perfección los designios de Dios, lejos, decimos, de inferir al cuerpo detrimento, debe mirar por su conservación en el acto mismo con que procura subordinarlo y sujetarlo al espíritu. Este es todo el punto de la mortificación cristiana, merced á la cual nuestra carne, que en las actuales condiciones de la vida grava mucho al espíritu, impidiéndole volar y obrar según sus tendencias y deseos espirituales, es enfrenada en sus instintos, en sus apetitos, es restaurada y ordenada de suerte que haga consonancia con él. Sólo por medio de la mortificación es dado sujetar el cuerpo al alma, y obligar al primero á que sirva con facilidad y prontitud al espíritu; sólo por medio de la mortificación vuelve el hombre, cuanto es posible en la naturaleza caída, á aquel estado en que fué criado por Dios: estado de inocencia, de paz perfecta entre los sentidos y la razón, estado de suma armonía, pues en él era perfecto el dominio de la razón sobre los sentidos, del espíritu sobre la materia. En tan feliz estado, á haber el hombre querido, hubie-

ra obrado el bien sin repugnancia ni dificultad, fácilmente, con suavidad y alegría; al cual le restituye con la gracia de Dios la mortificación cristiana 1.» Luz y guía de este admirable ejercicio es aquel saber informado del espíritu cristiano que lleva el nombre de *Ascética*: ¿qué valen pues contra ella las vanas declamaciones y la ignorancia de la filosofía de la carne?

Aun mirada la cuestión bajo el punto de vista puramente natural, no considerado á la luz de la fé, ¿quién puede sostener que ante el tribunal de la filosofía son igualmente condenables el libertino y el asceta, el que sacrifica las exigencias de la vida espiritual á los apetitos brutales del cuerpo, y el que castiga á su cuerpo con la mortificación cristiana? Los profesores de Madrid que enseñan esta igualdad, no han advertido que entre el libertino y el hombre espiritual ó mortificado, media el abismo que separa la virtud del vicio. Porque ¿qué quiere decir *virtud*, sino fuerza que se hace el hombre á sí mismo para triunfar de sus inclinaciones desordenadas? ¿ni qué otra cosa es el vicio

1 *La Ascética e la Mística*, por STEFANO APICELLA, en la insigne revista *La Scienza e la Fede*.

que degradación y bajeza, humillación y vergüenza? No solamente la moral cristiana, en cuyos ojos «mejor es... quien domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades 1,» moral sublime, porque ejercita al hombre en la más gloriosa de las batallas, con que se esfuerza á triunfar de sí mismo 2, y le persuade por este modo á ser varón fortísimo 3, y mide los grados de la perfección moral por la fuerza que á sí propio se hace 4; no solamente decimos, la moral divina del Crucificado, pero hasta la puramente humana y la racionalista, representada antiguamente por el estoicismo, y entre los modernos por el kantismo, reconocen en la virtud una fuerza moral tanto más noble y esclarecida, cuanto es mayor la inclinación del sentido al deleite corpóreo que la resiste. Ahora, ¿dónde se muestra esta fuerza, esta especie de sublime dinámica, que decía Kant: en el asceta que lleva la mortificación en su

1 «Melior est... qui dominatur animo suo, erpugnatore urbium.» Prov. 16, 32.

2 Quis habet fortius certamen, quam qui nititur vincere scilicet seipsum? *De imitatione Christi*, lib. I, cap. III.

3 Et hoc deberet esse negotium nostrum, vincere scilicet seipsum, et quotidie se fortioem ipse fieri, atque in melius proficere. *Ibid.*

4 Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris. Cap. XXV.



cuerpo para reducirlo á la servidumbre del espíritu, combatiendo generosamente sus inclinaciones desordenadas y áun privándole de placeres en sí mismo lícitos, porque no le pida ni exija los malos y torpes; ó en el libertino, que se entrega atado de piés y manos como vil esclavo á los apetitos brutales del cuerpo? ¡Extraña contradicción! El mismo señor Revilla, que condena al «asceta» porque mortifica su carne, no ha temido asegurar en su obra de literatura <sup>1</sup>, que «un hombre que se suicidara por una idea, ó un sentimiento de indudable grandeza (como Cantón, por ejemplo), puede ser sublime...» ¿Lo ven ustedes? La misma mano que escribe esa sentencia glorificando el crimen del suicidio, que es cobardía y bajeza, rebelión ó locura, no vacila en condenar la virtud de la mortificación cristiana, tan conforme con el espíritu y la letra del Evangelio. ¿Cómo se explica tamaña contradicción? ¡Ah! con ambas sentencias se combate al Catolicismo, y para los textos vivos esa es la consigna, aunque para cumplirla tengan que combatirse á sí mismos. De todos modos, la

<sup>1</sup> Segunda edición, parte primera, pág. 43.

comparación del asceta con el libertino, de David con Baltasar, de la victoria del espíritu sobre las pasiones con el triunfo de las pasiones sobre el espíritu, y en una palabra, del fiel imitador de Jesucristo con el hombre de pecado, es tan monstruoso delirio, que no hay términos para ponderar su enormidad. Semejante moral está juzgada.

